—¿Qué contesta usted? preguntó duramente, pero más que dispuesto á duplicar y aun triplicar la suma ofrecida.

—Repito que tengo mucho, pero mucho que decir. Entiendo que quiere usted mucho á sus hijos.

—¡Necio! exclamó Bourchier amargamente, sólo el amor que les profeso ha podido obligarme á cederle á usted en lo más mínimo.

—¡Bravo! Admiro ese cariño paternal Ahí está Alain, un guapo mozo, aunque me odia.

—Sabe que es usted un impostor.

—Concedido. También lo sabe usted. Desde luego, yo no soy Daniel Bourchier.

—Jamás he creído que lo fuese usted.

Tanta franqueza era alarmante.

—¡Oh, sí! Soy un impostor, señor Bourchier. Y usted es otro. Y otros muchos lo son también. Pero hablábamos de Alain. Me gusta ese joven y me propongo hacerle un buen servicio.

Bourchier ignoraba por completo á dónde quería ir á parar Daniel, más no por eso fué menor su alarma.

—Alain es feliz. Casado con la muchacha más encantadora del mundo, me dicen que adora el suelo que ella pisa. Está aún más enamorado de su mujer que yo de Josefina.

Su interlocutor creyó comprender el objeto de toda aquella charla. Daniel iba á servirse de Lucy para lograr sus fines y Bourchier se dijo que si algo existía realmente contra ella, era cuenta de Alain, quien se había casado por su voluntad y sabiendo perfectamente lo que hacía. Sin embargo, se propuso aceptar á beneficio de inventario todo lo que aquel sarcástico bribón pudiese decir contra ella.

—He conocido á la que es hoy mujer de Alain por muchos años, como conocí también á su padre, Juan Boucher.

—¿Su padre, Juan Boucher? repitió el anciano.

Empezaba á preguntarse si Daniel sería el demonio en forma humana, venido al mundo para castigarle.

—Sí, su padre, Juan Boucher, asesinado por usted. No diga usted ahora que no tengo buen corazón; como que podré decir á Alain que su matrimonio le asegura por completo la posesión de sus bienes.

El señor Bourchier se puso lívido y no pudo hablar.

—La pobre Lucy ha estado buscándome por espacio de cuatro años. Sabe que puedo enterarla de todo lo concerniente á la muerte de su padre y está ansiosa por conocer los pormenores. Hasta ahora he logrado permanecer fuera de su alcance, pero en cuanto vuelva de América tendré el gusto de reanudar nuestra amistad. ¡Y cuidado con el placer que van á causarle mis informes, sin contar con el agradecimiento de Alain hacia el hombre que quitó de en medio á Juan Boucher! ¡Vaya si serán después dichosos marido y mujer! Nunca conviene tener misterios en las familias.

Bourchier seguía repitiéndose que aquel malvado debía ser el demonio en carne y hueso. En un segundo, con la rapidez del rayo, vió ante sí el cuadro de la futura felicidad de Alain destruída para siempre, desde el momento en que Daniel viese á su esposa; y tembló al imaginarse á su hijo acusándole de haber aniquilado todo lo que podía hacerle agradable la vida.

—Ya le advertí á usted que me quedaban muchas cosas por decir, concluyó Daniel con burlona sonrisa. Me vuelvo á mi casa. Piénselo usted bien y envíeme el dinero pedido antes de que regrese Alain.

CAPITULO XVI

En demanda de explicacionnes

La Francini y su marido regresaron de América quince días después de la entrevista de Daniel con el señor Bour-

chier. El viaje había sido altamente satisfactorio para todos, excepto para Alain, quien pudo apreciar por dolorosa experiencia la anómala posición del esposo de una *prima donna* que en medio de los triunfos de ésta suspira por la calma y las delicias del hogar doméstico, incompatibles con la marcha triunfal de su esposa por los Estados Unidos. Días de completa felicidad fueron los del viaje de regreso, pero el período que precedió á éste fué siempre de amarga recordación para Alain. Muchos motivos de queja había tenido en Inglaterra, pero la situación se hizo cien veces peor en América. Allí la vida de familia desapareció por completo.

La Francini estaba en manos de muy hábiles personas, que sabían perfectamente cómo preparar el triunfo de la artista allende los mares. Porque los norteamericanos, aunque muy capaces de distinguir la medianía del genio y de negarse á aceptar una por otro, cualesquiera que sean los anuncios y artificios que acompañen á aquélla, son también muy dados á desconocer el verdadero genio si éste no cuenta con el auxilio y los recursos de personas hábiles para preparar el terreno debidamente. Particularidad curiosa, pero muy sabida de cuantos entienden en la contrata de artistas para nuestros primos de Ultramar, que por lo demás son críticos sagaces.

Los anuncios laudatorios y pomposos, el agente enviado con anticipación para preparar el terreno, el estímulo de la pública curiosidad por medio de numerosos parrafillos y gacetillas, refiriendo ora un rasgo personal ó una aventura, ora tal ó cual rareza ó excentricidad de la «estrella» anunciada, es todo un arte y los que lo conocen á fondo son muy pocos y por consiguiente altamente apreciados. Todos los que tienen un artista nuevo y notable que presentar al público norteamericano se disputan esos agentes. Los empresarios de Lucy habían contratado á uno de los mejores, de suerte que poco después de su llegada hubiera podido Alain compilar varias biografías muy interesantes de su esposa con los datos contenidos en los periódicos. Muchos de los sueltos publicados eran altamente cómicos y le permitían bromear á Lucy sobre los incidentes de su vida aventurera; en cambio otros contenían frases é insinuaciones más ó menos veladas, que le hacían hervir la sangre y anhelar más que nunca la santidad y el retiro de la vida privada.

Todo se preparó y dirigió de un modo admirable. Después de haber cantado y justificado plenamente los elogios anticipados de la prensa, se anunció oficialmente que la Francini era americana; maniobra habilísima entonces, cuando el éxito parecía ya seguro. El entusiasmo patriótico fué extraordinario; hasta las cantatrices nacidas bajo la bandera norteamericana, decía el público, iban á eclipsar á todas las restantes del mundo. Un periódico anunció muy formalmente que Lucy iba á dejar plantados á los ingleses la temporada siguiente, pues había resuelto permanecer en América con objeto de cantar el himno nacional «La Bandera Estrellada», ante el público de Nueva York, el 4 de Julio, aniversario de la proclamación de la Independencia. Otros periódicos dieron noticias igualmente absurdas.

¡Pues y las entrevistas con los gacetilleros! Alain empezó á temer la presencia de toda cara desconocida, creyendo que lo amagaba otro cazador de noticias con la inevitable entrevista. La nueva tiple estaba en el apogeo de su fama y los redactores se acercaban á hablarle siempre que podían y conferenciaban con los empresarios cuando bien les parecía. Tampoco Alain escapaba á sus ataques, por más que brillase tan sólo con luz refleja. Y no le valía negarse á recibir á los representantes de la prensa, pues declaraban impávidos que lo habían visto y hablado con él, y se salían con la suya.

Como esposo de la Francini era objeto de gran interés, y ya que su vida no ofreciese lances extraordinarios, fué necesario exornarla y hacerla todo lo pintoresca é intere-

sante posible en atención al público. Era, pues, natural que lo describiesen como heredero de una inmensa fortuna, árbitro de la moda, poeta, jugador, arruinado hoy y embolsándose mañana 20.000 libras esterlinas, ganadas en las carreras de caballos de Derby; había conquistado el corazón de la Francini de la manera más romántica y dado muerte á dos rivales en otros tantos duelos descritos con gran copia de detalles. Su matrimonio con la Francini había dado á Alain toda la notoriedad pública que podía ambicionar el más exigente.

Los viajes incesantes, las rápidas visitas á una y otra ciudad, los teatros, los salones de conciertos, la vida en los enormes hoteles, todo aquello era otro motivo de disgusto y hastío para Alain. Su pensamiento volaba una y otra vez á Casa Roja. Imaginábase un día claro y fresco, el paseo en coche, á caballo ó á pie que darían juntos; el regreso á casa para comer; la agradabilísima velada después. Otras veces se figuraba la vida en Londres; él, miembro del Parlamento, afanándose por ilustrar su nombre; su esposa, partícipe de su noble ambición, ayudándole con sus consejos, reina acaso en los salones de la buena sociedad como señora de Alain Bourchier, no como la Francini.—¿Vería realizados algún día aquellos hermosos sueños?

Pero no se arrepentía en lo más mínimo. Decíase que de todas aquellas molestias y sinsabores le recompensaba altamente el galardón obtenido, aquella esposa de quien no había tenido nunca el menor motivo de disgusto y á quien hablaba tan amante como en los primeros días de su matrimonio, siempre que podía gozar con ella unos momentos de tranquilidad.

Terminó por último la temporada en los Estados Unidos, con todo su bombo y platillos y sus legítimos triunfos, y Alain se despidió con regocijo, pero también con gratitud, de aquella tiera que había hecho á su esposa tan buena acogida y que la veía partir con pesar. Contaba no

volver nunca en los Estados Unidos en las circunstancias en que les había hecho aquella su primera visita.

Habían acordado dirigirse á la Casa Roja tan luego llegasen á Inglaterra. Nadie tenía tanto derecho al descanso como Lucy, y Alain merecía también una vacación. Su proyecto era permanecer en casa de su padre una ó dos semanas, visitar á Mabel en Sorlán y después tomar casa en Londres, pues Lucy tenía que prepararse para la próxima temporada teatral.

Su amigo el empresario de Londres supo con placer que hasta entonces no se habían realizado sus temores. Y aquello que á él le producía satisfacción era motivo de pesar para Alain, quien había contado con el afecto y los cuidados de la maternidad para inducir á su esposa á abandonar el teatro.

Bourchier leyó con placer la carta que, precediendo á sus hijos en su viaje á Europa, le anunció su regreso y su visita. Privado de las alegrías de la vida, quedábale el amor á sus hijos y esperaba con placer aquella ocasión de contemplar la felicidad de su primogénito. Se había conformado por completo con aquel matrimonio, si bien esperaba, como Alain, que Lucy se cansaría algún día de sus triunfos para hacer la tranquila vida que le ofrecía la posición de su marido. Bourchier creía que así sucedería, pues el corto tiempo que había tratado á su nuera le había permitido formar un juicio tan alto como justo del carácter de ésta. Muy perverso ha de ser el hombre incapaz de ver, ya que no de apreciar, la bondad de otros; y por muy criminal que fuese Bourchier, su maldad no llegaba al grado de la de otros hombres, de Jorge Manders, por ejemplo. Sin embargo, desde el momento en que llegó aquella carta, la situación cambió radicalmente. ¿Cómo podría Bourchier ver y hablar á Lucy, sentarse con ella á la misma mesa, oirla dirigirle á él la palabra con el respeto debido al padre de su esposo, sabiendo que su crimen la había dejado huérfana, y lo que era peor aun, sabiendo que

tan luego se viese con Daniel Bourchier, ó como se llamase aquel malvado, había de descubrirse todo? El único medio de aplazar ó evitar aquella catástrofe era acceder á las exigencias de Daniel.

Este recibió, por lo tanto, su dinero. No las dos mil libras esterlinas que había pedido, sino mil quinientas; por más que, al franquear Bourchier la carta que contenía el talón de banco por aquella suma, presintió que la cantidad sería insignificante para su insaciable yerno, y que pronto tendría que elegir entre la ruina y la revelación de su crimen.

Daniel, seguro de que no tardaría en recibir el dinero, regresó á su casa de muy buen humor. Nada dijo á la joven sobre el resultado de su expedición, ni ella le preguntó cosa alguna; pero sus risotadas y su aspecto satisfecho le hicieron esperar con ansiedad noticias de su familia, y escribió preguntando por la salud de su padre.

La señora Bourchier en su contestación dejó entrever que Daniel y su suegro habían tenido una entrevista tormentosa, y que el señor Bourchier había quedado postrado á consecuencia de ella; la carta concluía encargando mucho á Josefina que no permitiese más visitas de Daniel á la Casa Roja bajo ningún pretexto. La pobre niña se sonrió al leer aquellas líneas. ¿Qué influencia tenía ella sobre su esposo?

Algunos días después Daniel abrió una carta acabada de recibir y enseñó á Josefina un talón firmado por su padre, por la cantidad pedida. Su expresión de triunfo fué un nuevo disgusto para la joven.

—¡Aquí está!—exclamó él.—Esto te probará que yo sé como convencer á papá. De seguro que tú no le pediste el dinero de la manera debida. El no es difícil de manejar; todo está en saber hacerlo.

Josefina quedó sorprendida y pesarosa. Presentía que aquel dinero le había sido arrancado á su padre á la fuerza, y se preguntaba si su carta habría contribuido también

á ese resultado y si Daniel le habría hablado en nombre é interés de ella para lograr sus fines.

—No comprendo,—dijo á su marido,—pero me parece una vergüenza... Espero que no habrás pedido ese dinero por mí ni para mí.

—Nada de eso. Por mi sola cuenta. Y me propongo pedir más algún día, confiando en que papá tendrá bastante sentido común para no volver á rehusarme lo que le exija.

Josefina había llegado á odiar á su esposo. Parecíale que cada día, cada hora revelaba una nueva bajeza de su carácter, ó ponía al descubierto un nuevo vicio. Desde el fin del primer año de su matrimonio hasta poco antes de la fecha de que hablamos había sentido por él más desprecio é indiferencia que otra cosa. Considerábale como un marrullero que se había casado con ella valiéndose de un subterfugio y con miras interesadas. La había engañado y ofendido, pero suyo era el error, suya la culpa y á ella le correspondía sufrir el castigo. Su padre le había indicado, por razones que él tendría seguramente, su deseo de que continuase viviendo con su esposo mientras le fuese posible tolerarlo; de manera que Josefina consideraba su regreso á la Casa Roja como el último recurso, al cual no debía apelar hasta que ya su situación se le hiciese insoportable.

Pero ahora que el odio profundo, no sin mezcla de temor, había sucedido al desprecio y apoderádose de ella, se le ocurría con insistencia la idea de huir de aquella casa. Mas si lo intentase ¿la haría él regresar? ¿podría obligarla á ello? Parecíale que su presencia allí era necesaria á Daniel para el buen éxito de sus tramas.

Aquella última extorsión de que había sido víctima su padre la preocupaba mucho. ¿Por qué había accedido éste y sacrificado tan gran cantidad? Decíase una y otra vez que había sido por ella, por evitarle algún daño, y se preguntaba si su regreso al hogar paterno evitaría á su padre

ulteriores peticiones de igual género, ó le daría por lo menos el derecho de negarse á satisfacerlas. Y yendo aun más allá ¿no podría ella librarse para siempre de aquel hombre apelando á la ley, recobrar su libertad y quizás, al cabo de algunos años, olvidar aquel doloroso episodio de su vida y volver á ser feliz? El solo pensamiento de esa dicha futura hizo afluir la sangre á su rostro. Pero quería la libertad absoluta; nada de separación judicial ni arreglo alguno análogo; quería romper por completo aquellos odiados lazos, quebrantar hasta el último eslabón de la cadena que ella misma se había forjado. La manera de obtener tan feliz resultado llegó á ser para ella una idea fija.

No dudaba que el examen de la conducta de Daniel desde su matrimonio proporcionaría pruebas abundantes contra él. Muchas eran las cartas que había en su propia casa, escritas con letra de mujer; y ya fuese por cinismo ó por ofenderla, las había abierto y leído en su presencia. Era evidente que no le faltarían determinadas pruebas, pero eso no bastaba. La abundancia de los divorcios es tanta, que pocas mujeres ignoran que el remedio concedido por la ley es sólo parcial, á no poder probarse también sevicia ó abandono. Hasta entonces Daniel no había incurrido en una ni otro. Algunas veces había estado próximo á golpearla, y Josefina se decía que tarde ó temprano llegaría hasta aquel extremo. ¿Podría ella resignarse á esperar acto tan brutal? ¿Podría someterse á sabiendas á semejante humillación? Sí, se decía; eso y aun más estaba dispuesta á sufrir á cambio de la libertad que anhelaba con todas las fuerzas de su alma.

Daniel, encantado de la facilidad con que había dominado á Bourchier merced á la nueva arma con que contaba, fué á Londres para hacer efectivo el talón de banco y retirar aquel pagaré que en determinadas circunstancias podría ocasionarle un serio disgusto. Lo derecho hubiera sido depositar el talón en su banco y girar contra éste por

el importe del pagaré, para retirarlo de la circulación; pero los hombres de su temple prefieren siempre atiborrarse los bolsillos de dinero en efectivo; porque así sus ganancias les parecen más tangibles y mayores. Daniel se dirigió al banco contra el cual estaba extendido el talón, y en cambio de éste, que era al portador, recibió catorce billetes de cien libras y las cien restantes en moneda menor. Con el bolsillo lleno de dinero y el ánimo de buenos propósitos, cruzó la calle y entró en las oficinas de su propio banco. Estaban éstas atestadas de gente, y mientras esperaba su turno le asaltó una tentación. ¿Por qué pagar, se decía, mil libras de aquel dinero que tanto le había costado obtener? ¿Qué le importaba el pagaré? Unos cuantos días antes de su vencimiento le escribiría á Bourchier, diciéndole con toda frescura que tenía que hacer frente á aquel pago, y se acabó. Precisamente para entonces ya sería tiempo de volver á sacarle dinero al suegro. El resultado fué que salió del banco, comió en cierto establecimiento muy conocido, y ya con una botella de champagne en el cuerpo, sintió que le sobraban ánimos para todo, como si poseyera inagotable mina de oro.

Su suerte le parecía inmejorable, y no es extraño que con mil quinientas libras esterlinas en el bolsillo se sintiera atraído por el recuerdo de sus recientes operaciones bursátiles.

Cierto que se había jurado no volver á intentar fortuna por ese medio, pero nadie como los jugadores para absolverse de tales juramentos. Poco después ya estaba examinando las cotizaciones en los periódicos y tan luego sintió los efectos del champaña en toda su plenitud, nada le costó ir á ver á su antiguo corredor, cumplir la condición impuesta por éste y lanzarse de nuevo en el vertiginoso juego de la bolsa.

No guardaba rencor alguno al respetable corredor que lo había atado corto en sus previas jugadas; Daniel se decía que en su lugar él hubiera hecho lo mismo.

Lleno de esperanza planteó sus operaciones y después tomó el tren para un lugarcillo á veinte millas de la ciudad, llamado Belden, donde había alquilado algunos meses antes una tranquila casita, rodeada de amplio pero mal cuidado jardín. Era allí objeto de gran curiosidad, cosa que á Daniel le importaba muy poco.

Alain y Lucy regresaron de los Estados Unidos pocos días después del último pago hecho por Bourchier para comprar el silencio de su yerno. De Liverpool fueron á Londres, donde permanecieron dos días; Lucy vió á las personas á quienes tenía que ver y después salieron para el Oeste.

Lucy había sentido gran simpatía por el señor Bourchier siempre que había tenido ocasión de verle. Deploró mucho hallarle enfermo y envejecido prematuramente; pero su mayor sentimiento fué notar que la acogía siempre con frialdad y parecía querer evitarla. Invariablemente cortés y atento, procurando hacer todo lo posible para que su vista le fuese agradable, Lucy observaba sin embargo que si ella entraba en la habitación donde se hallaba su suegro, éste no tardaba en salir de ella, excusándose lo mejor posible.

No la saludó con un beso á su llegada y sólo le tendió una mano que quedó fría é inerte entre las suyas. Parecía poco inclinado á hablar con ella; en una palabra, mostraba desear evitarla y sentirse intranquilo en su compañía. El mal estado de su salud podía disculparle en gran parte; fuera de ésto sólo cabía una interpretación, la de que el señor Bourcher no simpatizaba con ella.

Aquella conducta la apesadumbró profundamente. Alain se limitó á felicitarse por la manera como Lucy se había conquistado la buena voluntad de su amante, pero rígido y severo padre.

En cuanto á las simpatías de su madre, nunca dudó que su mujer se hiciera desde luego objeto predilecto de ellas,

como en efecto sucedió. Cosa fácil para Lucy la conquista de aquel carácter bondadoso y dulce.

Cuando su primera visita á la Casa Roja, Bourchier había demostrado muy marcadamente el alto aprecio en que tenía á la esposa de su hijo. Pero al presente todo había cambiado en él.

Alain no sospechaba todavía el menor cambio, pues Lucy notaba que cuando su padre se hallaba en compañía de ambos procuraba mostrarse el mismo de antes; su frialdad y reserva para con ella sólo se manifestaban en ausencia de su hijo. ¿Qué había hecho ella para merecer aquel desvío?

Llegó á pensar que podía haber llegado á su noticia alguno de aquellos anuncios disparatados que en los Estados Unidos les habían proporcionado más de un disgusto á ella y su marido.

Lucy sabía que Bourchier era hombre altivo, orgulloso de su posición, de su familia y de su nombre. Exenta de toda culpa como estaba ella, no por eso le censuraba; comprendía que debían ofenderle aquellas poco gratas aunque inevitables consecuencias de toda carrera pública. Pero deploraba que las habladurías absurdas de tal ó cual periódico americano hubiesen llegado hasta el punto de modificar sus sentimientos para con ella. Aunque sólo fuera en interés de Alain, resolvió averiguar los motivos de tal cambio.

Una tarde que su esposo había salido, llamó á la puerta de la biblioteca donde se hallaba solo el señor Bourchier.

Sentado cerca del balcón, contemplaba distraídamente el paisaje. La Casa Roja lo dominaba por su gran altura, y aunque no se divisaba el pueblo de Renton, construído al pie de la colina, veíase sí la torre de su iglesia. Bourchier miraba en aquella dirección cuando Lucy entró en la biblioteca.

No le dirigió él la vista desde luego, creyendo que sería

uno de los criados; después volvió la cabeza y se halló cara á cara con Lucy.

Fuera de la escena nadie era menos actriz que ésta; presentía que la entrevista iba á ser seria y por lo tanto su rostro reflejaba la gravedad de las circunstancias; buscaba al señor Bourchier con un objeto determinado y aquel propósito se leía claramente en su semblante. Al contemplarla creyó Bourchier que había sonado la hora fatal y que en aquel instante iba á caer sobre él la amenazadora espada.

Se estremeció visiblemente y apartó de ella los ojos; cualesquiera que fuesen las palabras que iba á pronunciar, renunciaba desde luego á cruzar su mirada con la de Lucy.

Tan marcado fué aquel movimiento, que la joven se detuvo desconcertada y el rubor invadió su rostro. ¿Qué significaba una aversión tan evidente? Su primer impulso fué retirarse, pero pensó en seguida que si no por ella por Alain tenía el deber de dominarse, de disipar aquella antipatía si posible fuese, ó por lo menos de averiguar en qué se fundaba.

La cortesía innata del señor Bourchier vino en su auxilio. La saludó y le ofreció un asiento. Después pronunció algunas palabras insignificantes sobre el estado del tiempo y aun le dió las gracias por haber ido á verle. Un instante le bastó para comprender que se había equivocado y que la hora temida no había llegado todavía.

Lucy tomó asiento en una silla cercana á la suya.

—¿Puedo permanecer aquí un ratito? preguntó. ¿No le molesto á usted?

—No, ciertamente. Nada hacía. Estaba mirando por la ventana.

—He venido á hacerle á usted una pregunta. Tiene usted que contestarme con sinceridad, porque el asunto es de importancia para mí.

Sí, estaba resuelto á responderle sinceramente, excepto

en lo tocante á un solo punto. ¡Quisiera el cielo que á aquel punto no se refiriesen sus preguntas!

— Usted juzgará mejor que yo si estoy ó no equivocada, continuó Lucy, hablando con tanta animación como dulzura; pero esta visita nuestra no ha sido tan agradable como la anterior.

—Siento mucho oirte decir eso.

—Sí, dijo Lucy, y vengo á preguntarle á usted la razón de esa diferencia. Yo me enorgullecía al pensar que iba conquistando el afecto de la familia de mi marido, pero noto que usted, su padre, se muestra, ¿cómo decirlo? por lo menos algo cambiado respecto á mí.

El señor Bourchier no supo qué contestar.

—¿He hecho algo que haya podido ofenderle á usted? continuó Lucy.

—Nada, nada. Tú eres la bondad misma.

—Tampoco puede ser mi falta de amor para con Alain. Demasiado lo sabe usted.

—No. Todo lo debes atribuir á tu propia imaginación, querida Lucy. O á mi mala salud y á mi deplorable manera de conducirme.

—He tratado de hacerlo así, pero sin conseguirlo. Dispense usted mis preguntas. ¡Esas ideas me han tenido tan tan preocupada!

—Desecha todo recelo. Ten presente que yo soy de carácter poco afectuoso.

—Pero ama usted á todos sus hijos. ¿Por qué no amarme también á mí? Si usted me lo permite, yo seré otra hija cariñosa.

Al decir esto le miró con ansiedad. Bourchier permaneció callado y trató de evitar la mirada de Lucy. La suya fué á posarse en la torre de la iglesia de Renton, que se veía por la ventana.

—No tengo padre ni madre, ni un solo pariente en el mundo, continuó ella, y llegué á esperar que los encontraría en la familia de Alain.

Lejos de lo que Bourchier esperaba al verla entrar, era ella quien suplicaba, no él. Tenía que contestar y tenía también que hacer todo lo posible por tranquilizarla y complacerla.

—Lucy, le dijo, haciendo un esfuerzo para mirarla frente á frente, créeme cuando te digo que aquí todos te queremos y te consideramos como hija de la casa. Tú te imaginas que mis modales han cambiado. Soy de carácter poco expansivo, estoy enfermo y aun pudiera decir que cansado de la vida: pero amo á mi hijo, declaro que al tomar esposa ha elegido bien y discretamente y aunque nada más puedo decir, sé que quedarás satisfecha con esa afirmación mía.

Era evidente que sentía lo que decía y Lucy se levantó convencida de que se había alarmado sin motivo. Se sentía contenta y feliz, como aliviada de un gran peso.

—¡Cuánto me alegro! dijo. Estoy seguro de que usted comprende y aprecia los móviles que me han impulsado á solicitar esta explicación. Ahora, deme usted un beso, dígame que me perdona y me iré contentísima.

Acercó su rostro al de Bourchier y éste no pudo dejar de besarla, sobre todo después de las palabras que había dirigido á la joven. Posó ligeramente sus labios sobre la frente de ésta y se estremeció al pensar de quién era hija. Los ojos alegres y francos de Lucy se fijaban en los suyos y parecía esperar á que hablase.

—No hablemos de este asunto, dijo.

Después preguntó con voz conmovida:

—¿Amarás siempre á mi hijo, Lucy? ¿Lo querrás en la adversidad como en los días afortunados, pobre ó rico, aun criminal, si el crimen llegase á surgir entre los dos, amenazando separaros? ¿Le amarás aun cuando se aleje de tí, aunque te abandone?

—Como lo amo ahora así le amaré siempre, dijo Lucy solemnemente, admirada al ver la emoción que embargaba al señor Bourchier.

—¡Júralo! exclamó éste.

—No es necesario, pero lo juro.

Y como para dar más fuerza á su promesa volvió á presentarle su frente, que él besó aquella vez sin la menor vacilación, y Lucy salió de la biblioteca.

Más de una hora permaneció él allí, mirando tristemente por la ventana y siempre en la misma dirección. Sólo una cosa le impedía amar á Lucy como á sus propias hijas; y era que al contemplar la torre de la vecina iglesia, sabía que su sombra caía en aquel punto sobre una humilde sepultura, sin nombre que indicase quien reposaba en ella.

Aquella tumba se alzaría siempre vengativa entre él y la esposa de su hijo.

CAPÍTULO XVII

Crueldad

El señor Bourchier no dudó un momento que Lucy fuese hija de Juan Boucher, como lo había dicho Daniel. Poco á poco iba haciéndose supersticioso porque veía cómo todo se volvía contra él desde aquella noche fatal; cómo, cuando lo creía todo terminado y oculto su secreto, había surgido un testigo presencial de sus actos y renovado sus temores; cómo se veía castigado por medio de los únicos seres que podían hacer intolerable su castigo: sus propios hijos.

Pensando en todo esto comenzaba á creer en el destino, en la fatalidad y le parecía la cosa más natural del mundo que Alain hubiese elegido por esposa precisamente á Lucy Boucher.

No faltaban indicios abundantes que confirmasen las palabras de Daniel.